

Empoderar, promover la responsabilidad

Vivo en la vieja Europa, pero con frecuencia me encuentro en América Central o del Sur. Y convivo con variadas sensaciones en las diferentes latitudes. Lo que en España es una crisis, en muchos países es una anécdota. Lo que en esta latitud es un recorte o una privatización de la gestión de centros prestadores de salud, es irrisorio en lugares donde el seguro social alcanza solo a unos pocos. Aquello que aquí es visto como un gran problema, allí es un permanente reto o aspiración desde la precariedad. Y sin embargo, en todos los lugares, el corazón vibra con pulsaciones semejantes en el mundo de la intimidad y del sufrimiento experimentado en primera persona.

Y una de las alegrías recientes que he experimentado es precisamente constatar que en El Salvador, estimulados por el conocimiento del funcionamiento del Centro de Escucha del Centro de Humanización de la Salud de España, ha emprendido su andadura uno en un hospital y ya cuentan con el proyecto de creación de cuatro más. Apasionados no solo por aliviar el dolor físico, sino también por mitigar el sufrimiento personal empoderando a las personas para afrontar las dificultades.

Un viejo verbo

Empoderar es un antiguo verbo español que el diccionario académico recoge como equivalente anticuado de apoderar. El nuevo significado que se le da, y que aparece ya en el Diccionario panhispánico de dudas, es “conceder poder a un colectivo desfavorecido social o económicamente para que, mediante su autogestión, mejore sus condiciones de vida”.

En su uso en contextos de relación de ayuda y *counselling* el empleo de empoderar y empoderamiento, que comenzó en el ámbito de la sociología política, es cada vez más extenso, y evoca uno de los significados centrales de lo que tendemos por relación de ayuda: acompañar a que el otro se haga responsable de su vida, de sus recursos y sus límites, los afronte reforzando –mediante la relación– su propia capacidad de autogestión o de vivir sanamente lo que no se puede cambiar.

Ayudar, lo que hacemos en los Centros de Escucha, a lo que enseñamos en los máster de *counselling* y de *intervención en duelo*, en España o cualquier lugar del mundo, es precisamente eso: fomentar el poder que el otro tiene de enfrentarse por sí mismo a sus dificultades y retos.

No hay que dar por supuesto que todos los estilos de pretendida ayuda se inspiren en esta clave. Hay quien, intentando ayudar, más bien exhorta a aceptar como normal, en tono fatalista, su propia situación. Los hay también que no confían en los recursos ajenos (quizás andan mal de autoestima estos ayudantes) y dan indicaciones sobre lo que los demás tienen que hacer, como si conocieran la solución por algún arte de magia.

Empoderar hace referencia a la necesidad de que las personas tienen de fortalecer sus capacidades de controlar su propia vida. También puede ser interpretado el empoderamiento como un proceso político en el que se garantizan los derechos humanos y justicia social a un grupo marginado de la sociedad.

Promover la responsabilidad

Solo se logra un cambio significativo en el desarrollo de una persona que sufre si se cuestionan directamente los patrones de poder existentes. En la línea opuesta del empoderamiento estaría el fatalismo o el victimismo.

El que ayuda al enfermo, a su familia, a la persona en situación de exclusión social, en Centro de Escucha, como *counsellor* o informalmente, será tanto más eficaz cuanto más ponga en el centro de su objetivo este término y su significado: el poder que el otro tiene de hacer, de ser capaz, así como de sentirse con mayor control de las situaciones. Así disminuye el sufrimiento: reforzando la sensación de control. Así promovemos la responsabilidad, es decir, la capacidad que cada individuo tiene de dar una respuesta personal, también en la adversidad.

Según este enfoque, la persona tiene un rol activo y puede actuar en cualquier situación de crisis personal, relacional, impuesta por la naturaleza o por la condición humana. Esta noción rompe con la idea de que el individuo es un ser pasivo de la recepción de ayuda y pasa a convertirse en un actor legítimo.

La responsabilidad personal del otro promovida mediante el empoderamiento se incentiva cuando se fomentan la autoconfianza, la seguridad en sí mismo y la asertividad. La conciencia de tener que dar una respuesta personal ante la adversidad y de tener poder para ello, confiere autoridad para tomar decisiones, realizar cambios y resolver problemas, y la capacidad de organizarse con otras personas para alcanzar una meta común.

Espectadores del tren de la vida

No todas las personas desean empoderarse, tomar las riendas del tren de su propia vida. Las hay que son capaces de decir que no tienen la energía suficiente para hacer nada más que lo que le digan: “lo que usted diga, doctor”; “dígame qué tengo que hacer para salir de ésta”...

El empoderamiento se ha convertido en el paradigma de las teorías del desarrollo que apuesta por el otro, que no victimiza ni deja de creer en las posibilidades escondidas que alberga en algún rincón y están esperando ser suscitadas, estimuladas. Este concepto ha permitido que los individuos y sociedades que hasta ahora estaban marginados de la toma de decisiones sean eje central de las intervenciones. Sin embargo, hay obstáculos para que sea clave para el ejercicio del liderazgo, del acompañamiento, de las relaciones de ayuda... que son escenarios donde cabría esperar esta dinámica relacional.

Dirán algunos que ser responsable no se improvisa, que algunas personas no fueron educadas a alcanzar la capacidad de ser independientes (o sanamente interdependientes) para valerse por sí mismas, para tomar decisiones y hacer uso de la libertad desde el conocimiento de sus posibilidades.

Acompañar a ser responsables en las relaciones de ayuda es un proceso largo y costoso, que se inicia en la familia y tiene su continuidad en la escuela y otros

ambientes sociales. Pero en todo caso, es el centro del significado de ayudar mediante la relación. Provocar en la relación que el otro defina lo que quiere lograr en el fondo, es inicio para caminar hacia la meta.

Ser responsable ayudará a lograr metas y objetivos en cualquier esfera de la vida. No es un hábito fácil de adquirir, si siempre se ha creído que lo que sucede es responsabilidad de otros, si se ha vivido como espectador del tren de la vida donde se tienen comentarios y críticas para todo y para todos, pero pocas ganas de ser el piloto del propio viaje. Hay quien está dispuesto a coger un avión por su compañía o por su color, antes que elegirlo por su destino. El arte de acompañar a definir el destino, el fin, la meta, el modo como se quiere vivir –también la adversidad y el sufrimiento- es el corazón de la relación de ayuda. Saber qué es lo que se quiere lograr, es el inicio para caminar hacia la meta.

El poder es una espada afilada. En manos del ego, mata; y en las del artista, multiplica vida. Ayudar es también un arte, casi también hacer magia y solo la hace quien cree en ella.

José Carlos Bermejo